

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 39 (2012)
Heft: 4

Artikel: La escuela, palestra política y campo de batalla
Autor: Rumley, Tasha
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908534>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 04.02.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

La escuela, palestra política y campo de batalla

Tras quince años de desconcierto, reformas e instrumentalizaciones políticas, la formación en Suiza se va estabilizando: vuelve a ser más pragmática, se centra en las asignaturas básicas y se orienta hacia el mundo laboral.

Por Tasha Rumley

Han pasado once años, pero el trauma sigue vivo, porque fue una afrenta al mayor orgullo de Suiza. Como pequeño país sin recursos naturales, desde hace decenios se engorgullecía de la calidad de su formación, a la que atribuía su milagro económico. Políticos, rectores de universidad y enseñantes entonaban a coro que «la principal materia prima de Suiza era la materia gris». Bonito lema publicitario, por desgracia hecho trizas. En 2001, por primera vez en la historia, la OCDE efectuó una comparación internacional de las competencias de los alumnos de quince años – el estudio PISA. Suiza, que creía contar con uno de los mejores sistemas escolares del mundo logró clasificarse por los pelos a un nivel medio. En lectura, la principal competencia analizada, aterrizó en el 17º puesto de la clasificación, ligerísimamente por delante de España y la República Checa y a años luz de Finlandia, monstruo sagrado entre los países modelo del planeta.

Remachando el clavo, PISA reveló además que el sistema educativo suizo favorecía las diferencias de clases y no lograba ofrecer a los alumnos de origen modesto las mismas oportunidades que a los niños de buena familia. Mala y discriminatoria, a esto se reduce pues la gloriosa materia prima helvética...

El fin del popurrí

Desde el shock de PISA, pedagogos y políticos se desviven por vengar la afrenta. El estudio se repite cada tres años, lo que permite mejorar los resultados. En primer lugar hubo que admitir que Suiza no iba bien encamionada. Unos años antes, en 1995, había reformado de arriba abajo el bachillerato académico (el que conduce a la universidad), introduciendo innumerables asignaturas optativas innovadoras, para que los bachilleres tantearan nuevos horizontes, a modo de antílope de la universidad: religión, psicología, español y tantas otras. Pero PISA sólo se interesa por las asignaturas de base: la lengua materna, las matemáticas y las ciencias. Suiza debería renunciar al popurrí de asignaturas,

pese a su popularidad entre los alumnos, si quiere competir a escala internacional.

El problema radica en que mejorar el nivel global de la escuela es mucho más difícil en Suiza que en otros países. Efectivamente, el federalismo entreteje un embrollo de responsabilidades entre los municipios, los cantones y la Confederación, que varían según el nivel de la escuela: primaria, secundaria, de preparación para el bachillerato o universitario. A esto hay que añadir las tendencias regionales. PISA ha revelado, para sorpresa de todos, que los alumnos de la Suiza francesa presentaban mejores resultados que los de la Suiza alemana y los del Tesino.

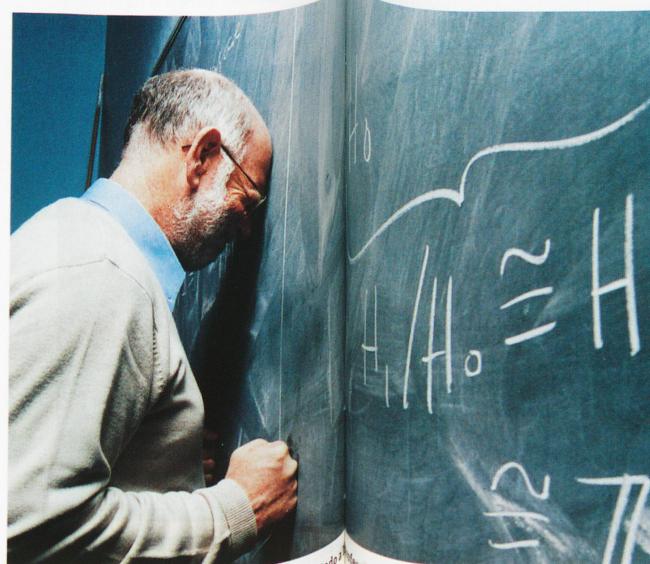
HarmoS o la escuela suiza

Estas dolorosas constataciones también han sido positivas: permitieron a Suiza imponer la reforma escolar indudablemente más ambiciosa de su historia. Hoy en día es indiscutible que la formación de los alumnos no puede ser distinta en Appenzell y en Ginebra. No sólo porque el sedentarismo helvético ha sido reemplazado por un nomadismo de carrera de los padres, y ya no es posible sacrificar la escolaridad de sus hijos al mudarse de un cantón a otro. Así pues había que establecer planes de estudios similares, para evitar que los alumnos desplazados repitieran siempre de curso. Por otro lado, Suiza debe adaptarse a sus vecinos, en un mundo globalizado donde la formación es un factor de competitividad económica. Así pues, la escuela obligatoria se fijó como misión uniformar las características generales de los sistemas educativos, agrupándolos bajo el proyecto HarmoS.

HarmoS – acrónimo de armonización de la escolaridad obligatoria – es un concordato entre los cantones, que sienta las bases de la escolaridad suiza. Es el propio pueblo quien quiso acabar con los veintiséis sistemas distintos, cuando sometió a un plebiscito estos artículos constitucionales en 2006, con una aprobación «soviética» del 86%. Tras sus grandes aires revolucionarios, lo que sobre



La escuela en los años 40: Los profesores tenían una misión: los alumnos eran disciplinados y obedientes



Las reformas y la intromisión de los políticos han agotado los recursos en los últimos años

todo ha hecho HarmoS es institucionalizar las prácticas más extendidas, fijando el inicio de la escolaridad a los 4 años cumplidos y su duración total en once años, incluidos dos años de jardín de infancia, forzando a los cantones que sólo ofrecían uno solo (Friburgo, Lucerna, Obwalden, Schwyz y Uri) a crear clases. Aún más delicado es el contenido de la educación que ha sido definido, especificando las asignaturas obligatorias, el momento de iniciar su enseñanza y los niveles a alcanzar.

Ganga política

De aquí a 2015, todos los cantones deberán amoldarse a HarmoS. Pero para llegar a dicho consenso, el país ha librado una auténtica batalla campal. Y es que la armonización ha llevado una consecuencia insospechable: al crear una base común para todos, ha permitido un debate a nivel nacional. A partir de entonces, tanto la forma como el contenido pueden ser discutidos por todos los confederados. Los partidos políticos, que no habían podido nunca tematizar la escuela hasta entonces, comprendieron muy pronto que se trataba de una ganga, ya que antes habían estado confinados en las particularidades cantonales.

La UDC ha cogido al vuelo la oportunidad. El primer partido de Suiza, de tendencias conservadoras, se ha centrado en la edad de escolarización propuesta, presentándola como un arrebato precoz del seno familiar y una «ingerencia del Estado» en la misión educativa de los padres, ocultando que el 80% de los niños suizos ya empiezan su escolaridad a esta edad.

En su intento de recoger firmas en cada cantón para un referéndum contra HarmoS, el partido demostró en 2008 y 2009 su fenomenal capacidad de ataque. El espacio público se vio inundado de carteles con una niña lloriqueando, forzada a ir a la escuela: un suplicio para los padres-electores. Luego, la prensa reveló que la foto no mostraba a una niña de 4 años, sino a una de dos. Pese a ello, la UDC ganó el referéndum en siete cantones de la Suiza alemana (AG, GR, LU, NW, TG, UR, ZG), pero si no se incorporan a HarmoS de aquí a 2015, Berna tendrá que llamarles la atención.

Un laboratorio de la sociedad ideal

La intensidad de la campaña de la UDC ha sentado precedentes. Todos los grandes partidos han intentado, a su vez, perfilarse en su grupo, lo que ha situado a la educación en el núcleo de una batalla generalizada, porque los



Cartel de la UDC contra la escolarización a los 4 años

políticos no son ingenuos: la escuela es un excelente laboratorio de la sociedad ideal. Con una política escolar, los partidos pueden comunicar la esencia de su mensaje. Si la UDC lucha por un comienzo tardío y una escuela ligera es para defender su modelo de familia tradicional, encarnado por la madre ama de casa. En la misma línea, el partido ha triunfado con su iniciativa sobre el dialecto como lengua principal en el jardín de infancia, aprobada en Zúrich en 2011. Más allá del reto pedagógico, la UDC ha impuesto así su visión de una Suiza rural, regionalista y folclórica.

Al otro extremo del tablero, el partido socialista (PS) utiliza la escuela para transmitir su mensaje igualitario y en favor de los inmigrantes. Milita en pro de las clases heterogéneas, sin separación por niveles, y por «la integración en la pedagogía especializada», a saber, la escolarización de los discapacitados en clases normales, apoyados por un asistente titulado. En cuanto al PLR, presenta la escuela como una antesala del mercado laboral, y aboga por un horario continuado para que padres y madres puedan hacer carrera – posibilitando que los niños coman en la escuela y se queden hasta por la tarde – e insiste sobre la dimensión competitiva y pragmática de los planes de estudios, que deben moldearse a las necesidades de la economía.

¿Hacia la segregación?

Como el desinterés de los ciudadanos por la política es un reto para todos los partidos, los temas escolares garantizan una campaña aclarada, una cobertura mediática y la emergencia de figuras políticas. Este

oportunismo político ha llegado a impulsar la aparición de nuevos actores, como el círculo de adeptos a las escuelas privadas, que lanzó la idea del «cheque escolar» en 2008. Se habría tratado de un vale de 15.000 francos otorgado por el Estado a los padres, para escolarizar a sus hijos en la institución que

prefirieran, pública o privada. Es cierto que en Holanda surgieron interesantes conceptos pedagógicos de este modelo, pero ha conducido también a una segregación alarmante. Los holandeses de «buena familia» han huido de las escuelas donde estudian los hijos de los inmigrantes, de manera que el nivel de

estos centros ha bajado aún más. Ahora, las escuelas holandesas se dividen en «black» y «white schools», con un tufo nauseabundo a apartheid. Y si bien el «cheque escolar» despertó más interés en la Suiza alemana que en la francesa, nadie lo toma en serio. Presentado en comicios cantonales, fue objeto de un rechazo contundente (con un promedio del 80 %) en San-Gall, Turgovia, Basilea-Campo y Zúrich.

También ha estallado la guerra entre los diferentes frentes sobre los diversos niveles escolares, y en los niveles superiores se reprocha a los niveles inferiores haber preparado mal a los alumnos. Fue la prestigiosa Escuela Politécnica Federal de Zúrich la que abrió el fuego, publicando en 2009 una clasificación de los institutos de bachillerato de la Suiza alemana: analizando los resultados de sus estudiantes del primer año, clasificaba a los institutos según la eficacia. Pese a la indignación del sector pedagógico, las Universidades y las Escuelas Superiores han empezado a ejercer cada vez más presión sobre la enseñanza de base. Con éxito. De ahora en adelante, la eficiencia resuena como una orden: se acabaron las asignaturas simpáticas, artísticas o exóticas. Uno tras otro, los cantones ajustan sus planes de estudio a las ramas útiles. Jura se ve presionado por todas partes para suprimir su asignatura de teatro

Amarga «boleña» en las universidades

Las Escuelas Superiores de Suiza ahora son eurocompatibles, pero la reforma de Bolonia ha introducido la lógica del menor esfuerzo, despertando la protesta estudiantil.

Era una etapa importante para Europa: crear un espacio para la formación en el que un diploma suizo valiera tanto como uno polaco o noruego. Firmada por veintinueve países en 1999, la Declaración de Bolonia reestructuró los estudios superiores dividiéndolos en dos niveles: el bachelor, una formación de base en tres años, seguida de una posible especialización de uno o dos años, el máster, equivalente a la antigua licenciatura. Para obtenerlos habría que recopilar «créditos», una «retribución» por cada curso aprobado.

La caza de créditos

Un decenio después, la boleña sigue sin digerirse. Antes, la universidad dejaba a los estudiantes un margen de maniobra para componer su currículum, pero la reforma ha hecho más rígidos los planes de estudios, instaurando cursos obligatorios. Para velar por el cumplimiento, se han introducido en lagunas casos hojas de presencia, algo inimaginable hasta los años 90. Es que a la sacrosanta «libertad académica» tiene razones económicas: un 78% de los estudiantes trabaja paralelamente, un 23% de ellos por necesidad. Con un horario más denso y fijo, trabajar es un quebradero de cabeza para los estudiantes.

Para luchar contra esta «infantilización escolar», los estudiantes aplican las estrategias de los vagos: elegir los cursos según la facilidad para obtener créditos, más que por interés. «El mínimo es la norma. Los estudiantes cazan y acumulan puntos», lamenta en el «*Tages-Anzeiger*» el Presidente del Consejo de Estudiantes de Zúrich, Martin Roeck.

El fracaso de la libre circulación

De la Reforma de Bolonia se esperaba más «movilidad», una equiparación de los semestres en el extranjero y la posibilidad de cambiar de universidad entre el bachelor y el máster. Pero sólo el 15,7% de los suizos estudia en el extranjero, aunque se contaba con un 20%. Peor aún, los informes de los rectores revelan que «la propia estructura de los estudios dificulta la movilidad, más que facilitarla.»

La movilidad de los extranjeros que vienen a estudiar en Suiza ha crecido exponencialmente, y si en 2000 había 19.000 estudiantes extranjeros, hoy en día son 30.000, o una cuarta parte de todos los estudiantes del país. Este flujo exacerba los problemas de escasez crónica de alojamiento, las aulas están permanentemente abarrotadas, y algunos toman apuntes sentados en el suelo.

A su vez, las universidades piensan elevar las tasas para los estudiantes extranjeros, actualmente muy similares a las de los suizos (600 francos por semestre), siguiendo el modelo anglosajón, que cobra a los no residentes decenas de miles de francos para acceder a la universidad. Las asociaciones estudiantiles helvéticas se oponen, por miedo a que ese aumento afecte a extranjeros y suizos, lo que se ha confirmado recientemente en la Universidad de San Gall y en las Escuelas Politécnicas Federales (EPF).

La precarización sufrida por los estudiantes conduce a tensiones desde 2009. En las manifestaciones, Bolonia es el chivo expiatorio de todos los males, un cajón de sastre donde se mezclan las críticas a la reforma europea y los retos suizos. Por otro lado, los contestatarios ignoran las dificultades que tendrían en el mercado laboral globalizado si Suiza otorgara diplomas sin reconocimiento internacional. Pese a sus daños colaterales, Bolonia, más que una opción, es una necesidad.



Protestas estudiantiles en Zúrich

en los institutos de bachillerato. Vaud ha añadido horas de matemáticas, y Zúrich trabaja a marchas forzadas en un proyecto para multiplicar las horas de alemán, dispensando a ciertos alumnos de asignaturas consideradas secundarias, por ejemplo el francés...

Sacrificar cohesión en aras de la economía

Es paradójico: cuanto más se unifica la escuela suiza más se aleja de su misión de cohesión nacional, a fin de privilegiar conocimientos útiles y económicamente rentables. Esta tendencia surgió ya en 1999, cuando Zúrich invirtió el orden cronológico del aprendizaje del francés y del inglés. Trece cantones germanoparlantes le siguieron. Así, la mayoría de los niños suizos alemanes comienzan a aprender inglés a los 8 años y francés a los 10 años, mientras que para los suizos franceses el alemán sigue siendo prioritario.

Las aguas van volviendo a su cauce en la guerra escolar. A escala internacional, los últimos tests de PISA revelan una cierta mejora de la capacidad lectora de los adolescentes suizos, claramente superior a la media. Y a escala nacional, HarmoS ha abandonado el escenario político para ir convirtiéndose en una realidad escolar. En la Suiza alemana, la elaboración de los

planes de estudios está llegando a su fase final, con el nombre de Lehrplan 21. En la Suiza francesa, el PER (Plan d'études romand) ya ha concluido, mientras que en el Tesino sólo se trata de dar pequeños retoques parciales al programa, sin controversias. Finalmente, después del fracaso

abrumador del «cheque escolar» en Zúrich, reinará la paz en el último campo de batalla escolar. La escuela volverá a ser de quien corresponde: los alumnos.

TASHA RUMLEY es redactora de la revista «L'Hebdo» de Lausanne

El aprendizaje: esa frágil fórmula mágica helvética

Suiza está orgullosa de su formación dual, que, con costes mínimos, prepara a jóvenes profesionales para incorporarse al mercado laboral. Víctima de su éxito, resulta demasiado competitiva para los alumnos de bajo rendimiento.

Suiza, ¿un país de intelectuales armados de diplomas? Esta extendida imagen en el extranjero refleja lo contrario de la realidad. Nuestro país ostenta una de las «tasas más bajas de bachilleres», es decir de jóvenes con acceso a la enseñanza superior. Sólo el 30 % de los suizos hace el bachillerato (en un instituto, o el bachillerato laboral), frente a una media del 60 % en los países de la OCDE... ¿Cuál es el secreto de los jóvenes helvéticos, afectados por una tasa mínima de desempleo en comparación con sus vecinos? El aprendizaje.

18 solicitudes para encontrar un puesto

Al terminar la escolaridad obligatoria, un 70 % de los suizos opta por una formación llamada «dual», por combinar el empleo en una empresa y cursos en una escuela. Hay decenas de oficios que se aprenden en tres o cuatro años. Y si bien en cada crisis económica se teme que las pequeñas empresas dejen de formar a los jóvenes, últimamente esto no ha sucedido, ya que por un lado, la empresa recupera así ciertos beneficios, porque durante el último año del aprendizaje el rendimiento de un aprendiz corresponde a tres cuartas partes del de un empleado normal, pero con un salario mínimo de unos cientos de francos. Por otro lado, el Estado fomenta la formación dual. Varios cantones pagan primas de hasta 5000 francos a las empresas que crean puestos de aprendizaje. Además, existen fondos de formación en los que todas las empresas están obligadas a cotizar. Con estos aportes se pagan compensaciones por la inversión que representa el que un empleado actúe de maestro de aprendices.

Y si bien el 70 % de los aprendices declara estar satisfecho de su formación y se integran en el mundo laboral mejor que los universitarios recién titulados, la situación no es idílica. Una falta crónica de puestos de aprendizaje lo ha convertido en un mercado extremadamente competitivo. Por término medio, un adolescente debe enviar 18 solicitudes hasta encontrar un puesto. Así pues, como los empleadores llevan la batuta, aumentan sus exigencias y ahora les importa mucho el expediente escolar de origen de sus candidatos: el tipo de escuela con menores exigencias académicas constituye un estigma para los adolescentes que, después de una escolaridad ya difícil, no consiguen acceder al mundo laboral.

Cada vez mayores

El mundo del aprendizaje se ha transfigurado en una generación. En los años 80 las empresas contrataban a adolescentes de 16 años recién salidos de la escuela. Era obligación de los empleadores formarlos desde el principio hasta el final. Hoy en día, la edad media de contratación ronda los 18 años. Las empresas quieren jóvenes más maduros, con experiencia profesional o lingüística. En 2011, la lucha por conseguir un puesto de aprendizaje dio un vuelco: grandes empresas como Novartis, Roche y Syngenta empezaron a conceder puestos de aprendizaje a alemanes y franceses, a jóvenes algo más mayores, con bachillerato, y por tanto más rentables, mientras cientos de adolescentes suizos se quedaban en la estacada.

Este episodio abre interrogantes sobre la índole de la formación dual. ¿Es un proceso pedagógico destinado a ofrecer a cada ciudadano joven un oficio de base, como se sobreentiende por la contribución de los cantones? ¿O bien rigen las reglas del mercado libre, que permite a las empresas sacar partido del aprendizaje para emplear con los menores costes a jóvenes ya competentes? La Confederación debe dar una respuesta.



Aprendiz y maestro en una carpintería